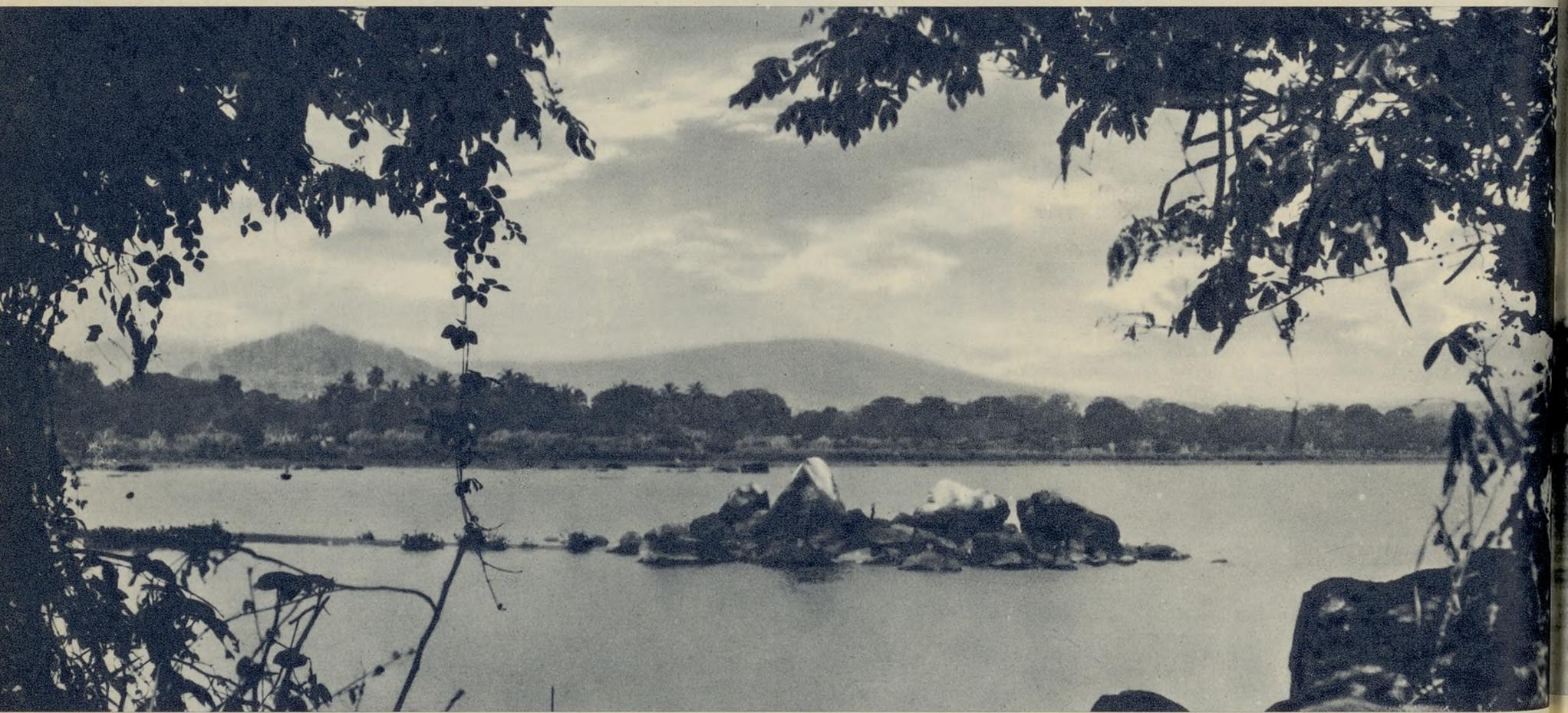




PAISAJE Y POESIA DEL G



EN Nicaragua, país de muchos poetas y lagos, el más importante grupo literario se ha desarrollado frente al más bello y grande de sus lagos, que los indios llamaron Cocibolca; los conquistadores, Mar Dulce, y ahora es comúnmente llamado por sus dimensiones (8.000 Km.²) el Gran Lago. Allí, en la ciudad de Granada, fundada por el andaluz Francisco Hernández de Córdoba en 1523, «la más antigua ciudad de Tierra Firme», es donde reside ahora el grupo de poetas jóvenes del Taller de San Lucas, de José Coronel Urtecho, Pablo Antonio Cuadra y Joaquín Pasos y demás. Y el lago ha sido como una especie de musa azul de toda esta poesía nueva.

Histórica y geográficamente, el Gran Lago es el corazón de Nicaragua y el río San Juan, por el que se comunica con el Atlántico, es su arteria. Junto a él vivía el cacique Nicarao, que dió nombre a todo el país y que ha cantado Darío en su poema «Raza»:

... el gran Nicarao, que un puente de canoas
brindó al cacique amigo
para pasar al lago
de Managua. Esto es épico y es lírico.

En el siglo XVI, los conquistadores habían llegado a Nicaragua pensando encontrar en este lago el pasaje que comunicara los dos océanos y que llamaban el Estrecho Dudoso. Desvanecido el mito del Estrecho Dudoso, surgió otro: el del canal, y ya los españoles de Nicaragua urgían la construcción de éste a Felipe II. En el XVII y XVIII, los piratas franceses e ingleses atacaron constantemente ese lago, codiciosos de su situación interoceánica. (Una vez el castillo español del río San Juan—llave del lago—fué defendido por una niña de quince años, cuando la guarnición del castillo iba a rendirse a los piratas que lo atacaban, por haber muerto en ese momento el capitán,

y la hija de éste, al saber los planes de rendición, abandonando el cadáver de su padre, subió a disparar ella misma los cañones. Y el castillo no se rindió. Y por la noche echaron sábanas encendidas puestas sobre ramas, río abajo, que hicieron huir despavorido al enemigo. Y aun hoy día los indios cuentan de fantasmagóricas llamas que de noche flotan sobre el río.) El propio Nelson, futuro vencedor de Trafalgar, sitió el castillo y hubo de retirarse sin rendirlo. Y en el siglo XIX, un filibustero norteamericano intentó también incorporar Nicaragua a los Estados esclavistas del Sur, y después de una guerra nacional contra él, huyó por el lago, dejando antes Granada en llamas con un letrero en la plaza que decía: **Here was Granada.** «Aquí fué Granada.»

La gran Granada de Hernández de Córdoba—«grande y sin nada», como hoy la ha llamado Pablo Antonio Cuadra—, después de tres siglos de lucha (XVII, XVIII y XIX) contra tres imperios (Francia, Inglaterra y Estados Unidos), tres siglos de zozobra, raptos, saqueos y gritos de quien llora por las noches, aun conserva intacto su tesoro: el lago. El lago, que aun sigue siendo preocupante al mismo tiempo que inspiración, de los poetas jóvenes nicaragüenses. Allí por 1927 repartieron poetas invitaciones por todo Granada para subir a la vieja torre de la iglesia de la Merced—su sede de reunión—para celebrar noticias de que no se construiría un canal extranjero en Nicaragua.

Y así, Pablo Antonio Cuadra ha cantado el misterio del gran río solitario y el Gran Lago, con su libertad azul aún intacta:

Ahora bajan, con el río apenas perfumado
de orillas, la secreta historia del contrabandista y la constante
hoja desprendida.



GRAN LAGO DE NICARAGUA



Pero escucha. Hay aquí, distante
—así como reclamo, como llamado en agua y voz al navegante—,
la margen de la espuma, el esparcido
azul de playas transparentes, el vigilante
lago, ¡de su misma amplitud tan merecido!

O recuerda el amanecer del lago con su gran archipiélago de cuatrocientos islotes verdes frente a Granada:

Recuerda, hermano, las lomas de Colojá y su césped verde.
Tú, Jacinto Estrada, regocíjate en tu isla, con sus frutales, que rondan en susurro las abejas.
Madre mía, desde el balcón de tu casa bendice mi respiración.
Porque ya sueño con un canto donde va amontonándose
todo este ritmo patrio de ángeles celestes y verdes palmas,
mecidas, de babor a estribor, por un viento de flautas lentas.

Y el P. Angel Martínez, poeta y jesuita español, nacido, como él dice, en España y renacido en Nicaragua, ha visto las noches del río San Juan, en medio de la profunda selva tropical, en las inmensas soledades, donde una vez una niña defendió un castillo:

En la noche del agua, su sonido es de seda,
como de lluvia mansa entre hojas
del bosque de sus márgenes opuestas.
En su suavidad dicen bien mis versos,
con palabras de luz, voces de sombra.

Y Coronel Urtecho, desde ese mismo río, arteria de toda la historia nicaragüense, y en una de cuyas márgenes él vive, escribe con extraordinaria lengua de nuevo Góngora:

Te he saludado al tuyo como mío,
donde uno somos y corremos, río...
Le abrí, en dos labios hondos, con tu quilla,
mis aguas, tuyas a tu maravilla;
que un solo tres en cada orilla
soy tanto cuanto tanto llanto canto.

Soy suyo, y tuyo, y mío, río trío.
Si en trinos trino adiós como divino.
Adiós, adiós, ayer, que el mar me espera
lo mismo que nos viva o que nos muera;
ayer, hoy, mañana, y tuyo y mío,
porque uno somos y corremos, río,

Y Joaquín Pasos canta también el fluir de esas aguas, de trágico sino interoceánico, que transcurren silenciosamente a través de los siglos:

...para mecer ojos de piratas de turbios cristalinos,
para triturar extremidades y remos de madera
y machacar cráneos y cascos naufragados.

Y oye el cantar del lago, el inquieto corazón de una tierra que suspira por el mar:

«Antier», mujer, en pleamar,
estaba el lago de Nicaragua
aprendiendo a cantar.
El son de la noche brillaba en el mar;
la luna se puso a llorar...
Y ayer, mujer, en pleamar,
me quedé viendo el lago de Nicaragua
y me dijo: ¿A dónde está el mar?